

Religión

YU-FENG,

LA JOVEN

COMUNISTA

“Aló, ¿es mi hermana mayor. . .? Sí, yo, Yu-Feng. Te telefono desde la estación. Dentro de cinco minutos cojo el tren. . . Me he alistado como voluntaria radio-telegrafista para Corea. Era inútil hablar de esto a mis padres. Jamás me lo hubieran permitido. Ahora enterales tú de esto como un hecho consumado.”

Aquella jovencita china colgó el auricular. Sintió que iba a romper a llorar, más no, una verdadera comunista no llora jamás. Se repuso, cargó con su impedimenta y se juntó con sus camaradas instalados ya en el tren. No tenía aún 17 años; apenas había acabado el último año de bachillerato.

Entre delirantes aclamaciones de las delegaciones militares, estudiantiles, agrícolas y obreras; al son del “hei la la la” (canto anti-yanki), aullado por los alto-parlantes, el tren se llevaba a 800 muchachos y muchachas voluntarios para Corea.

Yu-Feng se había alistado en el gran movimiento anti-yanki y pro-Corea. Valiéndose de la prensa, el cartel, el radio, el cine, el teatro, los mítines y las canciones, el gobierno intentaba suscitar una indignación enconada contra el “imperialismo yanki”. Nada más acudir al frente de Corea los americanos reventarían como “tigres de papel”.

Al llegar a X, Yu-Feng sintió el primer choque con la realidad. Antes de llegar a Corea tenía que someterse a un mes de instrucción en la ciudad. A los muchachos y muchachas recién llegados se les amontonaba sin distinción en unas cuantas habitaciones. Yu-Feng se descorazonó. Ella abogaba por la emancipación de la mujer, pero tal promiscuidad ofendía el delicado sentimiento de reserva de una familia china chapada a la antigua.

Al día siguiente más desilusiones; de madrugada la instrucción militar. Yu-Feng sale de entre las filas y se dirige al instructor: “Perdón, pero debe haber aquí un error. Yo me he alistado voluntaria para servicios de radio.”

“Nada de eso. Todos los voluntarios han de seguir un entrenamiento físico y político común antes de pasar a sus especialidades.”

Yu-Feng se acordó entonces de aquella ilusa que se alistó en la marina nada más que por seguir a su novio. Se les había prometido destinarles a la misma división, pero una semana después enviaron a ella a Chung-King, y a su novio al otro extremo de China.

En pantalones, chaquetón de gruesa tela caqui y gorra estilo “liberación” tuvo que seguir la instrucción física. El entusiasmo de la marcha se derritió a los pocos días. Los discursos interminables, las discusiones dirigidas por los jefes, el agotamiento físico y más que nada aquel horario sagazmente calculado para hacer imposible toda vida personal y privada, le causaba verdaderas náuseas. Se apoderó de ella un deseo loco de volver a casa.

Si pudiera saltar la tapia. . . pero imposible. . . estaba demasiado bien custodiada. Escribió varias cartas a sus padres y se extrañaba del silencio de los de su hogar. Más tarde supo que una sola carta pudo escapar a la censura gubernamental. Sus padres comenzaron a mover cielo y tierra para lograr la libertad de su hija, pero todo inútil, ¿qué puede una familia ante la enorme máquina gubernamental?

En embargo, Yu-Feng juró salir viva o muerta de aquel infierno. Tenía un motivo a que agarrarse en su desesperación: el agotamiento moral. Se puso pálida, comía mal, el ambiente moral debilitaba su cuerpo y su alma. Disminuyó aún más la alimentación, a propósito.

Cierta noche todos los que dormían en su habitación se despertaron al ruido de una tos fuerte: Yu-Feng arrojaba por la boca bocanadas de sangre. Sus compañeros insisten en que se la aleje de allí. No quieren tener a su lado un tuberculoso. Después de un prolongado examen médico, por fin! es enviada a casa.

De vuelta al hogar se va derecha a la oficina de reclutamiento y da una escena a los oficinistas, que en China comunista, sólo se permite alguna vez a las mujeres. Les llama mentirosos, estafadores que abusan de la ignorancia de los jóvenes.

En su casa a pesar de su desobediencia fué recibida con los brazos abiertos.

El curso escolar ya había comenzado; los colegios oficiales estaban repletos de alumnos; sólo le quedaba una solución: el colegio católico que aún recibía alumnas. Le disgustaba entrar en contacto con los "antipatriotas" y "reaccionarios", como llamaban los comunistas a los católicos, pero no había otro remedio.

Las monjas católicas, que aún enseñaban allí, no eran aquellos tipos orgullosos, egoístas, venidos a China para esclavizar a los chinos; al contrario, eran sencillas, afables, e irradiaban paz.

Yu-Feng se hizo amiga de una católica llamada Francisca. Encontró en ella el ideal de la mujer china en que ella soñaba. Yu-Feng pensó: lo que a los católicos los hace tan sencillos y simpáticos es su religión; por lo tanto esta religión debe ser la verdadera; si es la verdadera hay que estudiarla. Lógica consigo misma pidió que se le intruyese. La verdad iluminó su alma. Valientemente pide a sus padres el permiso de recibir el bautismo. Negativa rotunda. No era momento de aliarse a una religión que atraía las odiosidades del comunismo. Comprometía a toda la familia con ese

paso. Más aún le prohibían comunicarse con ningún sacerdote católico. Le mandan no salir de su casa. Le arrebatan el crucifijo que tenía en su cuarto. Yu-Feng les dió una respetuosa respuesta, pero firme: "Quitadme el crucifijo si quereis, pero no podréis arrancarme la fe de mi corazón".

Estaba madura para el bautismo, que lo recibió haciendo de madrina su amiga Francisca. Su familia que la espía de cerca descubre sus actividades religiosas. El rayo de la persecución no tardaría en caer, y precisamente del lado que menos se esperaba: Yu-Chin, la hermana mayor era una militante comunista.

Yu-chin se empeñó en convertir a su hermana y empleó los medios que le sugirieron las doctrinas comunistas. Organiza reuniones, primero dentro de casa, y luego invitando a tíos, primos y primas y hasta miembros del partido que durante horas enteras zumbasen al oído las doctrinas comunistas. Yu-Feng, después de las clases tenía que aguantar las acusaciones, reprensiones, amenazas, consejos durante horas enteras. Lo que más le dolía era ver a sus padres haciendo el juego con sus enemigos y llamándola desobediente, mal hija, etc.

Al ver el resultado negativo, la hermana mayor escogió un medio infalible de cambiar la mentalidad de la terca. Enviarle a un campo de "reeducación" comunista. La policía estaba ya avisada. Yu-Feng al enterarse sube a su cuarto y escribe esta carta a su Padre Espiritual:

Padre: Mi familia me quiere forzar a apostatar. Me llevan a un campo de reeducación. En el bautismo pedí una gracia a mi Dios: Sufrir con Jesús en la Cruz. Una sola cosa me espanta: pueden debilitar mi voluntad, enloquecer mi razón. Ahora que estoy en plena lucidez desmiento de antemano todo lo que entonces diga o haga. Ruegue por mí. Yu-Feng.

A escondidas descolgó el teléfono. "Aló; soy yo, Yu-Feng. . . Tengo un recado urgente que darte. Ven enseguida y pasa por delante de mi casa."

Y, —como en las novelas—, la dama

encerrada en la torre lanza su billetito por la ventana y su amiga lo lleva al P. Espiritual.

Cuando éste lo leyó se tranquilizó. Aquella desconfianza en sí era la mejor garantía del triunfo de Yu-Feng.

Yu-Feng encerrada en su casa espía los ruidos de los carros que pasan por delante de su casa. Las 10. . . Las 11. . . y el camión no llega. A la hora de la comida se entera con gran alegría de que sus padres no se deciden a entregar a su hija en manos de los comunistas.

Al cabo de una semana de estos sucesos el gobierno desencadenó la terrible campaña de los "Tres y cinco Anti" que produjo una hecatombe de vidas y fortunas con una verdadera epidemia de suicidios en toda China. Yu-chin, la primogénita, por su puesto de oficinista, y su padre, por comerciante, iban a quedar complicados en la purga. Yu-chin fué perseguida por la administración pública con tanta dureza, acusada tan violentamente por sus compañeros de trabajo, que se decidió desesperada, a meterse una bala en las sienes.

El padre era compelido a confesar sus fraudes verdaderos o imaginarios y sacar del fondo del cajón barras de oro que decían tener allí escondidas. En toda la nación esta "caza del tigre" lanzó en lucha sin piedad a los funcionarios contra sus jefes, obreros contra patronos, dependientes contra comerciantes, hijos contra sus mismos padres.

Yu-Feng fué requerida para acusar a su padre. Negarse a ello sería solidarizarse con el culpable y convertirse ella misma blanco de persecución. Las paganas cedieron ante el miedo y formulaban acusaciones anodinas. Yu-Feng se negó en redondo. Su conciencia de cris-

tiana se lo prohibía. Ah! si no hubiera sido yo cristiana, confesaba más tarde, ¿qué me impediría declararme contra mi padre? Si no hubiera sido por Cristo Yu-Feng hubiera sido una de esas "heroínas," que los periódicos mostraban en grandes fotografías proponiéndolas como modelos de hijas.

Yu-Feng ganó para el catolicismo a su hermano Chia-chi. Este que era de salud quebradiza, consultaba regularmente a una doctora. Ella y su marido eran dos comunistas convencidos y no lo ocultaban. En su última visita encontró Chia-chi a la doctora profundamente abatida. Preguntada la causa le respondió que también su marido había sido procesado en el movimiento de los "Tres anti". Sus subordinados de oficina lo habían acribillado de acusaciones de tal manera, que había muerto en su mismo despacho de una crisis cardíaca, cuando iba a comparecer ante el "tou-cheng", juicio popular. Ella perdió toda su fe en el comunismo y pensaba poner término a sus días.

"Señora, le dijo Chia-chi, antes de intentar contra su vida, le ruego que examine nuestra doctrina católica; si la encuentra falsa entonces verdaderamente la vida es absurda y no sólo ahora sino que mucho antes debía de haberse acabado. Si por el contrario mi religión es verdadera, la vida tiene un sentido y en ningún caso tiene Ud. derecho a disponer de ella."

Las palabras del joven fueron la salvación de aquella señora. Se fué a entrevistarse con el P. X. y desde entonces sigue con regularidad el curso de instrucción religiosa.

La ilusión de Yu-Feng es ser religiosa, pero esto actualmente es una quimera. Ninguna Congregación acepta novicias y aun las religiosas profesas de China se ven obligadas a volver a sus casas.

P. G.

